

LENGUAS Y PUEBLOS DE LA ANTIGUA HISPANIA: LO QUE SABEMOS DE NUESTROS ANTEPASADOS PROTOHISTÓRICOS

Los españoles, con nuestras tres lenguas románicas, como los portugueses, con la suya, somos, en el hablar, descendientes de los conquistadores romanos: hablamos en formas modernas del latín. Los hablantes del euskera, los vascos o vascongados, en su mayor parte de este lado de los Pirineos, representan todavía una parte de la Hispania indígena, con una lengua que no fue absorbida como las otras por la conquista romana, ni tampoco, en invasiones mucho más antiguas, por pueblos indoeuropeos que configuraron lingüísticamente, con el celta, el latín y el germano, toda la Europa occidental.

Vamos a ocuparnos (sin negar su importancia a toda la historia posterior de romanos, visigodos y árabes, y de las grandes aventuras históricas de Italia y de Flandes, de África y de Asia, de América y Oceanía) de un milenio aproximadamente, en el que empieza a haber noticias históricas de pueblos y lenguas de nuestra Península, y al final del cual la conquista romana consigue, tras tenaz lucha, imponer con la paz una lengua y una cultura casi uniforme.

El estudio de algunos aspectos de la historia de ese milenio me ha ocupado muchos años. Tengo por gratitud que recordar ahora los estímulos y enseñanzas de mis maestros: Cayetano de Mergelina, que me hizo ver el primero el paisaje arqueológico en el castro gallego de Santa Tecla, en los dólmenes de Antequera y, excavando, en las necrópolis visigoda de Piña de Esgueva e ibérica de Verdolay; Manuel Gómez-Moreno, que genialmente leyó los caracteres de las inscripciones hispánicas y nos abrió el panorama de sus lenguas; Julius Pokorny, que en los comienzos de mi carrera señaló la importancia de nuestra Península para los problemas de Europa occidental, y fue mi maestro de céltico; Pedro Bosch Gimpera y Antonio García y Bellido, a cuyos estudios sobre la España prehistórica y antigua debò tanto; y finalmente Adolf Schulten, que dedicó su vida de filólogo a nuestras antigüedades y me confió la continuación de su *Geografía de Iberia*; de esta continuación, publicada en parte y en redacción el final, procede cuanto voy a tener el honor de exponer.

1. LA PROTOHISTORIA: AVIENO

Las noticias que hallamos en los escritores griegos y latinos, combinándolas de modo más o menos seguro con la interpretación de las excavaciones y monumentos arqueológicos, dan luz desigual sobre la era que se suele llamar protohistoria. En nuestra Península podemos poner sus comienzos hacia el año 1000 a.C. Seguramente entonces ya se ha fundado Cádiz y desde siglos antes las riquezas minerales del Sur de la Península y el comercio del estaño que se hacía en misteriosas navegaciones atlánticas, han comenzado a atraer a gentes más civilizadas del Mediterráneo oriental. El telón se empieza a levantar precisamente en las costas meridionales de la Península. De esta zona, de interés económico y estratégico, proceden las primeras noticias seguras.

Cádiz fue fundado hacia 1100 a.C., y esa fecha se va confirmando por la presencia de inscripciones fenicias: el anillo signatario de Puerta de Tierra (Cádiz) se fecha en el siglo VIII-VII a.C., los fragmentos cerámicos de Mogador en el VII, etc.

Lo que ocurre es que la presencia de estos navegantes extranjeros, que venía de larga fecha, significa una influencia cultural que borra, precisamente en los habitantes más en contacto con ellos, los rasgos étnicos propios. Nuestras noticias más antiguas son no sólo las más escasas e imprecisas, sino también poco reveladoras.

En la etnología antigua de Hispania tiene gran importancia una obra literaria que conservamos en latín: el llamado «periplo» y *Ora maritima* que redactó un personaje romano, Rufio Festo Avieno, hacia los finales del siglo IV. Este magistrado pagano se dedicó, en traducciones y refundiciones, a mantener y divulgar la antigua tradición. La *Ora maritima*, que comprendía la descripción de las costas europeas desde la Bretaña hasta el Mar Negro, se nos ha conservado en su primera parte, que llega hasta Marsella. Su interés extraordinario es que contiene, en verso, y basada en adaptaciones intermedias y con interpolaciones de vario origen, la traducción de un periplo griego masaliota del siglo VI, hacia 520 a.C., según supuso, desarrollando ideas que ya había en parte propuesto K. Müllenhoff, Adolf Schulten, y hoy se admite aún.

La *Ora maritima* de Avieno, producto tan casual y extraordinario, se transmitió en un único manuscrito, que se perdió después que Lorenzo Valla imprimiera la primera edición en 1488. Es un libro extrañísimo: escrito en versos senarios y en latín artificioso y rebuscado, nos conserva un cuadro primitivo y sorprendente de la Europa occidental en una época remota. Avieno se daba cuenta de ello, y llama *uetustae paginae* a las de su original, que él iba estudiando cada día *secretiore lectione*. Es, con este disfraz latino y tardío, el documento geográfico griego más antiguo que podemos leer; más viejo que Hecateo, cuyas obras no han llegado a nosotros, el autor marsellés de esta desconocida guía de navegación, nos ha dado muchas noticias que parecen increíbles, pero que, bien analizadas, son nuestra primera información sobre el Occidente.

Comienza hablando de la *Oestrymnis*, que es Bretaña, y de las posibilidades de navegar más allá, donde «habita la gente de los Hiernos», es decir, Irlanda, y «la de los Albiones», o Gran Bretaña (108-111). Los tartesios del Sudoeste de Hispania navegaban hasta Bretaña, mientras que los armoricanos iban a su vez más al Norte en busca de riquezas, sin duda que principalmente de estaño. El extraño poema de Avieno nos transmite indicaciones sobre el comercio de la Edad de bronce, cuando no se conocían los barcos de madera, sino que, «para nuestro asombro, hacían las naves cosiendo pieles, y sobre el cuero recorrían el inmenso mar» (105-107). Y presenta problemas muy difíciles si queremos determinar el establecimiento de celtas en territorios al Norte de Bretaña, que antes poseyeron los ligures (130 ss.), y sobre el golfo de Ofiusa (147 s.), que parece es el de Vizcaya o Mar Cantábrico. El navegante griego nos da algunas indicaciones más seguras: el *Veneris iugum* (158) es el cabo Higuer, más afuera de Fuenterrabía, y el *Aryium* o *Aruium* (160 ss.) debe ser el Ortegal. Desde allí, al cabo de cinco días de navegación, con insuficiente precisión en su ropaje latino y proconsular, el piloto marsellés habla de una isla «consagrada a Saturno» (165), que Schulten identifica con la Berlenga, junto al cabo Carvoeiro, y un cabo de Ofiusa (*prominens Ophiussae*, 171 s.), que debe de ser el Roca. A veces los datos son más problemáticos, pero siempre atestiguan que el piloto griego tenía curiosidad de geógrafo y de etnógrafo. Aquí aparecen los *Cempsi* (195), con el *iugum Cempsicum* o cabo Espichel (182 s.), explica Schulten, y los *Sefes* (195), que habremos de recordar en la parte más problemática de nuestra digresión sobre los celtas.

Y con los cempsos limitan los *Cynetes* y el *Cyneticum iugum* (201), el cabo de San Vicente, extremo Sudoeste de Europa. Heródoto, bastante antes de pasar un siglo de la composición del

periplo, sabe (II 33, IV 49) que allá, en aquel remoto país, fuera de las columnas de Hércules, limitan los cinetes con los celtas, que desde allí se extienden por todo el interior de Europa, hasta las fuentes del Danubio.

Podemos afirmar que, del siglo VI al V, entre el periplo marsellés y la época de Pericles, los griegos se dieron cuenta de que Hispania, a partir del ángulo Sudoeste, estaba dividida étnica y lingüísticamente en dos partes, una indoeuropeizada, de pueblos inmigrantes, que venían del interior de Europa, y otra, a lo largo de la costa mediterránea y en el valle del Guadalquivir y en la zona baja del Ebro, así como en los Pirineos, de indígenas, continuadores de raíces prehistóricas, accesibles de manera casi muda y apenas histórica, y que habían recibido durante siglos influencias coloniales de las altas culturas mediterráneas. Esta distinción de fundamentalmente dos territorios étnicos en la Península es, como vamos a ver, la clave del desarrollo protohistórico durante el milenio que nos ocupa.

Pero volvamos todavía a nuestro navegante, que después de describir las costas del Algarbe, llega a los territorios de Tartessos (223 ss.). Tartessos es, realmente, y el navegante marsellés lo dice, aunque el procónsul romano que tradujo su obra lo confunda con Cádiz, un injerto de culturas mediterráneas en pueblos indígenas del valle del Guadalquivir: la «isla consagrada a la Venus marina» (315) se explica por los hallazgos misteriosos de los últimos años cerca de Sanlúcar; son nombres oscuros que llegan de muy lejos los de los pueblos de etmaneos, ileates, cilbicenos (300-303). La participación de invasores indoeuropeos en aquel injerto nos la testimonia Heródoto, que habla (I 163) de Argantonio, rey de Tartessos durante ochenta años, y que vivió ciento veinte, y fue amigo de los griegos de Focea, grandes navegantes. Sin duda que nuestro navegante marsellés, el del periplo, sabía de Argantonio, pues era su contemporáneo, pero no se le ocurrió hablar de él. El nombre de *Argantonio* es celta y alude claramente a su riqueza en plata, que le permitió ayudar a los focenses con la mayor esplendor para que hicieran una estupenda muralla «de piedras grandes y bien encajadas unas en otras» —muralla que no les sirvió para nada porque más tarde, muerto Argantonio, tuvieron miedo al asedio de los persas, y se embarcaron con sus familias en naves, y emigraron y dejaron la ciudad vacía—.

Continúa nuestro piloto, desde Tartessos, por el estrecho, y va tomando notas: las costas de Málaga, las altas cimas de la Sierra Nevada (*mons Silurus*, 433), las antiguas colinas fenicias (440), el *Veneris iugum* o cabo de Gata (437), los lejanos promontorios de África (*Herma caespitis Libyci*, 444), la *urbs Massiena* (452), hacia donde luego los cartagineses fundaron Cartagena, el Mar Menor (*immensa palus*, 455) y el río Segura (*Theodorus*, 456)... Todavía los focenses no habían fundado *Akra Leuke*, Alicante, por lo que el navegante no la nombra, pero sí cita el *Alebus amnis* o Vinalopó (466). Un poco más allá está el límite oriental de los tartesios (462 s.), y por allí queda a la derecha, al otro lado del mar, la isla de Ibiza (*post haec per undas insula est Gymnesia*, 467).

Enfrente comienzan los iberos, nos dice desde su nave el piloto, que se extienden hasta los Pirineos (*contra Hiberi in usque Pyrenae iugum... late locati*, 472-474). Cita todavía *Hemeroscopium* o Denia (476), la desembocadura del Júcar, la del *Tyrius* o Turia, con la ciudad de *Tyris* (482), que los romanos fundarían más tarde como Valencia.

Y de nuevo cita el piloto esos pueblos misteriosos cuyos nombres nos da casi sólo él: los *Berybraces* (485), bárbaros del interior, que asoman al mar por Sagunto (*Crabrasiae iugum*, 489), parece que indoeuropeos. Y después de recordar Peñíscola (*Onussa Cherronesus*, 491), llama, parece, al Ebro *Oleum flumen* (505), y continúa con algunos nombres de Cataluña: *Salauris* (513) debe ser Salou, y *Callipolis*, la ciudad bella (514), Tarragona.

Barcelona la añade Avieno (520), pues en tiempo del marsellés parece que no había sido aún fundada. Y así llega el texto al país de los *Indigetes asperi* (523), los iberos de la región de Am-

purias, y habla también de un puerto en un gran golfo, el de Rosas (*maximo portus sinu*, 530), pero Ampurias y Rosas no debían aún estar fundadas porque no se citan.

El cabo del alto Pirineo (*Pyrenae prominentis uertex*, 533, cf. 565), es, como Schulten supone bien, el cabo Béar, junto a Portvendres, otro santuario de Venus marina, al otro extremo de los Pirineos.

Y otra vez registra el texto pueblos misteriosos: los *Ceretes* y *Ausoceretes* (550), el *Sordus populus* (552), los *Sordiceni* (558); y menciona la ciudad de Narbona (*Naro ciuitas, ferocis maximum regni caput*, 587 s.), «gran cabeza de un feroz reino», que puede ser ya de celtas, quizá de los *Brigantes* que luego acuñarán su nombre en monedas con letras ibéricas, como también leemos en ibérico *neroncen* en las monedas de Narbona misma (Untermann, *Monumenta linguarum Hispanicarum*, I, Wiesbaden, 1975, A.1).

En las costas de la antigua Narbonense va el navegante marsellés señalando puntos: *Besara* o Béziers (591), la isla *Blasco*, hoy Brescou (603), y el río *Oran*, hoy Lez, «por cuyo cauce la tierra ibera y los ligures ásperos son separados» (612-614), es decir, límite oriental de los iberos en el Sur de Galia.

Al arribar al Ródano, *aequore fluente* (626 s.), «mar de gran corriente», como dice poéticamente el texto latino, habla el piloto de los montes Cévennes, la *Cimenice regio* (622), y de los nevados Alpes (637), con referencia a pueblos muy antiguos, a veces no vueltos a citar: los *Tylangi* (674, *Tulingi* en César), los *Daliterni* y los *Clabilci* (675), y el *ager Lemenicus* (676) a orillas del lago de Lemán. Después de pasar las bocas del Ródano (688), todavía cita a los *Salyses atroces* (701), y llega por fin a Marsella, cuyo plano, como península entre sus dos puertos, describe, con su fortaleza junto al mar; toda trabajo admirable humano, que ha vencido la naturaleza.

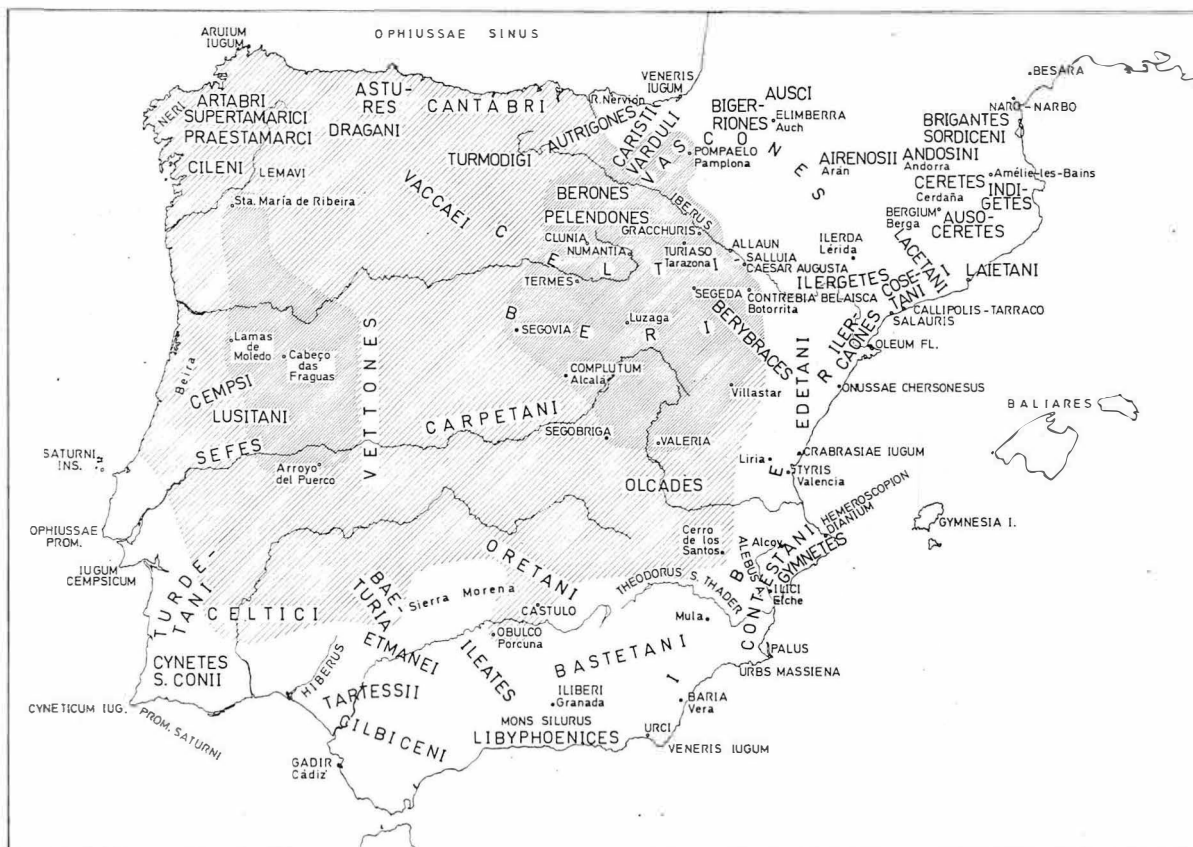
Y aquí termina este texto extraordinario, milagrosamente llegado a nosotros, y explicado por Schulten de manera admirable.

La maravillosa relación que un marino griego hizo de las costas de Occidente hacia el año 520 a.C., considerando no sólo la geografía, sino también la etnografía, nos permite empezar a hablar de historia para determinados puntos de nuestra parte de Europa. Para Hispania esta obra es realmente la entrada en la historia: ese milenio de protohistoria que calculamos hasta la conquista romana, empieza en su segunda mitad, desde el periplo que nos transmitió Avieno, a ser historia, y la luz que aporta permite considerar protohistoria lo que es todavía, antes de este texto escrito, casi pura prehistoria.

2. DIVISIÓN DE HISPANIA EN INDÍGENA E INDOEUROPEIZADA

Gracias a esa alba histórica podemos estar seguros de una interpretación lingüística y etnológica que divide la Península en dos partes: la que llamamos Hispania indoeuropeizada y la que podemos llamar original o no indoeuropea. He trazado en el mapa un rayado más o menos espeso, según sabemos más o menos de las lenguas indoeuropeas, que permite fácilmente seguir la divisoria: quedan al Sur de ella los cinetes o *Conii*, en el Algarbe, y al Norte los *Celtici*; después el límite viene a ser Sierra Morena, con penetraciones más o menos mantenidas de celtas en el valle del Guadalquivir, en la Beturia, quizá al Oeste de Ronda, en la región de Cástulo. Al Norte tenemos pueblos indoeuropeizados en su onomástica personal y en parte de su toponimia: lusitanos, vetones, oretanos.

La frontera de los indoeuropeos es difícil de fijar en esta parte, la Mancha, pero al Norte tenemos el extenso territorio de Celtiberia. Las inscripciones de Peñalba de Villastar, junto a Teruel, y las de Botorrita, cerca de Zaragoza, nos aseguran bien por dónde iba esta frontera. Eran celtíberos también los arévacos, y afines debían ser, y fueron absorbidos, los pelendones. Fuentes antiguas nos dan como celtíberos también a los berones, en la actual Rioja. Los vacceos y los turmó(di)gos no eran celtíberos, pero debían ser un pueblo semejante.



Como luego veremos, al tratar de las tribus de territorio lingüísticamente vasco, tenemos en sus zonas meridionales testimonios indudables de elementos indoeuropeos. La moneda *ba(r)̄scunes*, que se atribuye a Pamplona, y que muchos consideramos el más antiguo testimonio de los vascones, está en un nominativo de plural que es exactamente el que conocemos para los temas en consonante en celtibérico; también una moneda navarra con *olcairun* en letras ibéricas es céltica en su primer elemento, *olca* 'campo de labranza', y vasca en su segundo, *irun* 'ciudad'. Es cosa sabida que las inscripciones romanas de Álava y Navarra apenas se diferencian en su onomástica personal de las de La Rioja, Burgos, Cantabria, etc.

Ese elemento indoeuropeo es dominante en la parte occidental de Vizcaya, a la izquierda del Nervión. Pero al Este y al Sur de esta línea que atraviesa la Península tenemos los pueblos primitivos, los distintos pueblos no destruidos ni cambiados por las invasiones indoeuropeas dominadoras. Estos pueblos son muy varios. En primer lugar, como estirpe antigua de los Pirineos, los vascos, con sus tribus de autrigones, caristos, várdulos y vascones, y sin duda los arenosios y an-

dosinos, hasta Andorra y más al Este. Tenemos luego, a partir del Sur de Francia y al Norte de Cataluña, donde se ve más o menos clara la mezcla con pueblos pirenaicos y la presión de los celtas, las stirpes ibéricas de indigetes, layetanos, lacetanos, cosetanos, ilercones; quizá bastante indoeuropeizados son los ilergetes; después, por toda la costa, los edetanos, contestanos, bastetanos. Y finalmente los pueblos de Andalucía y del extremo meridional de Portugal. En la Andalucía oriental podemos decir que se hablaba también la lengua ibérica del Este, la misma de Enserune y Ampurias, pero en Obulco (Porcuna) las monedas muestran, junto a palabras evidentemente ibéricas (como *duiduibolai*, *isceradin*, *urcaildu*), otras que podrían ser celtas (así el nombre indígena *Ip-olca* 'Obulco' en su segundo componente, y *Bodilcos*).

Al Oeste de Obulco lo poco que podemos sacar de los nombres de lugar y de persona no es suficiente para darnos conocimientos seguros. Y las inscripciones del Sudoeste son muy difíciles. Ya en el siglo II a.C. la Bética se había romanizado del todo, de modo que, como nos cuenta Estrabón, los habitantes vestían la toga, hablaban en latín y habían adoptado los nombres de los conquistadores romanos.

3. DIGRESIÓN SOBRE LOS INDOEUROPEOS

A la familia indoeuropea pertenecen la mayoría de las lenguas de Europa: latinas, germanicas, eslavas, el griego, etc.; también pertenecen a ella lenguas de Asia: el armenio, en el Cáucaso, el persa, con su extensa familia, y las lenguas arias del Pakistán y el Norte de la India, en las cuencas del Indo y del Ganges, con influencia hacia el Sur, hasta Ceilán.

Esta gran familia surge en la historia en oleadas invasoras de pueblos y lenguas diferenciados: encontramos a los hetitas en Asia menor ya antes del año 2000 a.C., y quizá también en los últimos siglos del III milenio los arqueólogos pueden rastrear la presencia de los helenos en Grecia. Por otra parte los indoarios acusan su presencia en las fronteras de la civilización mesopotámica ya en la primera mitad del II milenio, y su literatura religiosa oral, los himnos védicos, representan tradiciones que en buena parte corresponden al II milenio, aunque fueran fijados por escrito mucho más tarde.

En Hispania, como en Galia y las Islas Británicas, la indoeuropeización fue tardía y se completó por uno de los grandes pueblos, los celtas, que luego tuvieron la desgracia de sucumbir a manos de los latinos y germanos. Los romanos destruyeron a las naciones célticas del Norte de Italia, de Hispania y de Galia, los alemanes a las del centro y Noroeste de Europa, y los anglosajones absorbieron a los britanos primero, reduciendo su lengua al País de Gales, y más tarde a los irlandeses, con la imposición del inglés.

Los celtas fueron muy importantes en Hispania. Son históricos en el segundo período de la protohistoria; durante el primero tenemos datos escasos, pero suficientes para afirmar su presencia desde los primeros siglos del I milenio a.C.

Cuando fue entrando el estudio de los restos lingüísticos celtas en el continente, sabios como H. d'Arbois de Jubainville y Camille Jullian observaron que había formas indoeuropeas que no se ajustaban a lo observado en lenguas puramente célticas: por ejemplo, nombres con *p*, como nuestra palabra *páramo*, que tienen etimología indoeuropea, y que aparecen en países celtizados, debían ser de otra lengua distinta y anterior, que no perdía, por ejemplo, la *p* como el celta. Así hablaron dichos autores de una primitiva dominación de los «ligures». Ligures encontraban en Hispania antigua Schulten y Gómez-Moreno. A la moda ligur, que había predominado en el primer tercio de nuestro siglo, siguió la moda iliria, aceptada durante los tres decenios siguientes.

tes: H. Krahe y J. Pokorny fueron sus grandes defensores, y les seguimos en algunos trabajos Menéndez Pidal y el que tiene el honor de hablarlos.

Más tarde Krahe, después de amplios estudios dedicados a los nombres de ríos de toda la Europa occidental, desde Escandinavia hasta Sicilia y desde Portugal e Irlanda hasta los países bálticos, propuso una teoría con la que abandonaba el ilirismo, según la cual estos hidrónimos representaban una capa indoeuropea bastante uniforme, anterior a la formación y diferenciación del itálico y del latín, del céltico y del germánico y del báltico, que se extendió por toda Europa y que él llamó «europea antigua» (*alteuropäisch*). Era idea bastante divulgada, desde antes de las implicaciones políticas del racismo, que los germanos y demás pueblos indoeuropeos procedían del Norte de Europa, de Escandinavia, y por eso se pensó que el «europeo antiguo», esa lengua occidental o conjunto de dialectos poco diferenciados, podía ser simplemente indoeuropeo primitivo, casi el teórico «indoeuropeo común».

Pero una perspectiva cronológica más realista, que toma en cuenta que el hetita, el griego micénico y el védico son lenguas muy distintas entre sí en fechas que se pueden documentar entre el año 2000 y el 1500 a.C., obliga a suponer una evolución previa muy larga, y nos lleva tal vez al IV o al V milenio para colocar, sin duda en la Europa oriental, a la lengua originaria. De ella se habían desprendido, en migraciones muy antiguas, las lenguas que aparecen primero a la luz de la historia: hetita, griego, indio. Detrás queda como una nebulosa de pueblos y lenguas en formación. Los arqueólogos creen poder señalar migraciones importantes hacia el Oeste, que hacia los últimos siglos del III milenio aparecen como «pueblos de las hachas de combate» en la Escandinavia meridional, Norte de Alemania y los Países Bajos.

Así se indoeuropeizó la Europa central, con las regiones al Norte de ella, y parece, interpretando opiniones de arqueólogos, que se puede suponer que durante un milenio, entre los finales del III y los finales del II, cuando todavía previvían en el Occidente de Europa las culturas megalíticas en sus últimos siglos, y se desarrollaban en ciertos países (de Irlanda a Polonia y de España a Dinamarca) las culturas que se llaman del vaso campaniforme, existió relación e intercambio entre los indoeuropeos de Europa central y los no indoeuropeos de los países extremos de Occidente. Un estudio de los hidrónimos que coleccionó Krahe permite afirmar que en su formación con sufijos indoeuropeos tenemos raíces de los dos mundos.

Después de aquella larga etapa de detención en el avance de los indoeuropeos hacia el Oeste, continuaron sus migraciones hacia el Atlántico, y todavía en la Edad de bronce cabe suponer que de los territorios indoeuropeizados (Europa central, el Norte de Italia, las regiones danubianas) proceden grupos grandes y pequeños, naciones y tribus, bandas surgidas en el movimiento de pueblos, que inician y van completando la indoeuropeización de Francia, de Gran Bretaña e Irlanda, como también de la mitad Noroeste de nuestra Península. Es un proceso muy largo, durante varios siglos, y que dejó subsistir todavía, más o menos intactos, pueblos y lenguas preindoeuropeos.

En la época de Hallstatt un mapa publicado por S. Piggot en 1965 nos muestra la extensión, entre los siglos VII y V, de una cultura desde Bohemia hasta el Cabo de San Vicente y desde el curso superior de los ríos Drave y Save hasta el territorio occidental de Gran Bretaña, incluidos Durham al Norte y Dorchester en el Sudoeste. Es evidente que, en buena parte, los portadores de esa cultura y propulsores de esa expansión, teniendo en cuenta lo que sabemos de ellos en la segunda mitad del período protohistórico, son celtas. Pero evidentemente no eran todos celtas, como vamos a ver.

Sostenemos en este punto un nuevo principio metódico: en lugar de creer que una lengua indoeuropea común se dividió de modo sistemático y en un cierto momento en los dialectos histó-

tóricos conocidos: indo-iranio, griego, hetita, latín, etc., pensamos que en la «patria común» de los indoeuropeos, después de la partida de los hetitas, y después de la de los indoiranios y los griegos, quedó una población aún no del todo sedentaria, grupos que se expandían en todas direcciones y se mantenían aún en comunicación entre sí, y que sólo más tarde se fueron diferenciando en dialectos distintos. Podemos imaginarnos, durante varios milenios que algunos lingüistas (W. Meid, F. R. Adrados) especulativamente dividen en períodos, que los grandes dialectos históricos conocidos más tardíamente se forman como cristalizaciones alrededor de un núcleo étnico, religioso, militar, etc. Los rasgos lingüísticos se van fijando y atraen hacia sí y absorben tendencias de otros grupos. La formación de las grandes lenguas de la protohistoria europea se puede entender por lo que sabemos de los «orígenes del español», tan magistralmente estudiados por Menéndez Pidal.

La entrada de los indoeuropeos en la Península, que debió comenzar, cruzando por diferentes pasos los Pirineos, antes del año 1000 a.C., debe imaginarse como migración de grupos lingüísticos diversos, que buscaban su sede en distintas direcciones, y que eran más o menos afortunados en imponerse, pues evidentemente en muchos casos eran absorbidos y perdían su lengua. Al principio no debían ser grandes pueblos ni migraciones numerosas.

Si volvemos por un momento a la *Ora maritima* de Avieno, ese reflector que nos ha quedado para lanzar unos pocos rayos en las tinieblas de la protohistoria peninsular, tenemos que intentar comprender el significado de unos pocos nombres: el piloto marsellés menciona a los cempsos y los sefes (195 s.) «en las altas colinas de Ofiusa». Y «cerca de éstos —dice, 196-198— el ágil ligur (palabra que los filólogos han restablecido en vez de *lucis*, que no tenía sentido) y la prole de los drárganos han colocado sus lares hacia el nivoso septentrión». A la orilla opuesta de la Península, cuando pasa a la altura de Sagunto, recordemos que nuestro piloto descubre otro pueblo, los beribraces, *gens agrestis et ferox*, «que vaga entre sus grandes rebaños de ovejas y se alimenta ásperamente de leche y de grasiento queso, y lleva una vida a modo de fieras» (485-489).

Schulten (*Fontes Hisp. antiq.* I² 104 s.) supuso que estos tres pueblos, cempsos, sefes y beribraces, eran celtas, ya que el texto de Avieno los separa de los ligures y de los iberos. Pero la verdad es que ni sus nombres, bastante oscuros, ni los escasos datos que tenemos, permiten decir otra cosa sino que a finales del siglo VI eran pueblos menos civilizados que los de la costa, y establecidos en las montañas. La vida pastoril de los beribraces hace pensar que eran quizá invasores indoeuropeos; el historiador Éforo, en el siglo IV (por un fragmento que ha llegado a nosotros, *Fontes* II 61 s.), los designa asimilando su nombre al de los legendarios *Bébryces* de Asia menor, y dice que viven «más arriba de los iberos».

Avieno nos ha conservado los nombres de grupos indoeuropeos que en el siglo VI estaban en las costas del Oeste y del Este de la Península. Pero el nombre de un pueblo puede ser muy inestable, como también su lengua y sus características étnicas. Lo más prudente es anotar sus nombres e interpretar los escasos datos y pensar que tenemos, por casualidad, los nombres de unos indoeuropeos del siglo VI en territorios donde luego vamos a encontrar lusitanos y celtas al Oeste y celtíberos al Este.

De los otros nombres del periplo, el ágil ligur y los drárganos de las montañas nevadas, aún podemos decir menos. Los rayos de luz de Avieno no son suficientes para ello.

4. LOS LUSITANOS

La lingüística, en el vasto conjunto de la Hispania indoeuropea, ha podido aislar dos grupos de inscripciones que permiten conocer hasta cierto punto dos antiguas lenguas hispánicas: el lusitano y el celtibérico.

En 1935 C. Hernando Balmori (*Emerita* 3, pp. 77-119) estudió en Lamas de Moledo, a pocos kilómetros al Nordeste de Viseo, una inscripción conocida de antiguo en un peñasco de granito. El desciframiento que propuso es hoy aceptable, así como la fecha entre los siglos I y II d.C., con su encabezamiento en latín: *Rufinus et Tiro scripserunt*, lo que significa romanización avanzada. Hernando pensó en un dialecto céltico arcaico, encontró, justificadamente, algunos nombres parecidos a los ligures, y se dio cuenta de que el territorio era el de los lusitanos.

El hallazgo hacia 1959 de una inscripción semejante a la de Lamas de Moledo en el Cabeço das Fráguas, cercano a la ciudad de Guarda, permitió comparar ambas, e incluir con ellas otro monumento epigráfico importante: la perdida inscripción de Arroyo del Puerco (Cáceres), que tenía, como *porcom* es común a las otras dos, la repetida forma *indi* común con la del Cabeço das Fráguas. Era evidente en el mapa que las tres inscripciones en la misma lengua correspondían al territorio de los lusitanos.

La inscripción del Cabeço das Fráguas tenía la ventaja, respecto de las otras dos, de ser más puramente indígena, sin encabezamiento latino, y además su interpretación se ofrecía más fácil por referirse a un sacrificio de tipo indoeuropeo, como la *suouetaurilia* romana, que es conocido. Este sacrificio está representado además en varias piezas arqueológicas de la región.

Para decidirnos a distinguir el lusitano, en esos restos poco abundantes, como lengua distinta del celta, nos basamos en algunas peculiaridades: la *p* de *porcom*, que es la palabra correspondiente a 'puerco' y aparece en una forma no celta, en contraste con irl. *orc* 'cochinillo' y con el nombre de las islas *Órcades* que nos da Ptolomeo; el diptongo *eu* se conserva en Arroyo del Puerco, frente al paso normal a *ou* en celta; así tenemos *teucaecom*, *teucom*; *taurom* contrasta con las formas celtas, todas con metátesis: galo *taruos*, irl. *tarb*, galés *tarw*; la palabra *ifadem* parece, a continuación de *taurom*, un adjetivo, y podríamos interpretar 'toro semental' si suponemos un derivado del indoeuropeo **eibh-lyebh-* 'futurero': esta explicación contrapondría el lusitano al celta, dejándolo como lengua indoeuropea marginal, mientras que el celta, comparte el rasgo de las centrales de confundir el tratamiento de *b* y *bh* (la debilidad de esta explicación es que no hay otro ejemplo seguro).

Rasgos morfológicos del lusitano distintos del celtibérico son: nom. pl. (de la declinación en *o*) en *-oi* > *ī*; formas verbales que parecen medias en *-to* (una parece que se halla al Norte de la Gallaecia Bracarensis); también K. H. Schmidt señaló, entre otras peculiaridades, en el Coloquio de Lisboa, la coincidencia en la conjunción *indi* 'y' con las lenguas germánicas, frente al arcaico *-que* del celtibérico.

Estos restos del lusitano nos permiten comprobar en la Península lo que es visible en la Península balcánica, y aún más evidente en Italia: que las invasiones indoeuropeas no fueron en realidad siempre de grandes naciones organizadas, sino de grupos mayores o menores, que generalmente no llegaban por de pronto a organizarse en grandes territorios lingüísticos. Las lenguas de gran extensión sólo la lograron por asimilación de grupos menores y por influencias políticas, religiosas, económicas, etc. El lusitano como lengua es el único ejemplo en la Península que podemos contraponer al celtibérico como otro dialecto indoeuropeo que ha llegado a nosotros.

5. DIGRESIÓN SOBRE LOS CELTAS

Los arqueólogos están de acuerdo en que los galos, o celtas de *p*, surgen a la luz en el siglo V. Esos son los galos históricos, de Galia y de Europa central, los que atacaron a Roma y quisieron saquear el santuario de Delfos y se establecieron en Asia menor.

El problema es más complicado cuando consideramos la protohistoria más remota, la primera parte del período que nos ocupa, cuando las noticias son más escasas y la interpretación de los datos arqueológicos en relación con las etnias es más difícil. En realidad, para confirmar la tesis de que los cambios culturales se deben muy principalmente a invasiones, tenemos el hecho seguro de la presencia, desde las últimas etapas de la Edad de bronce, en toda la Europa occidental, incluidas las Islas británicas, de elementos culturales cuyo origen centroeuropeo es innegable.

Si en un primer momento las migraciones pudieron ser todavía de pueblos indoeuropeos con lenguas poco caracterizadas, muestra de la indecisa fragmentación de pueblos nómadas, hay que suponer que en una cierta época, en Francia oriental, Alemania del Sur, Suiza, Bohemia, en el período B del Hallstatt, cristalizó la nación de los celtas, y ello explica la difusión de los celtas por toda la Europa occidental, con las Islas británicas. Ya hemos dicho que en el segundo período de la protohistoria nadie duda de la presencia e identidad de los celtas de La Tène. Los arqueólogos alemanes dedicados a este problema (P. Goessler, G. Kraft, E. Wahle, con sus continuadores actuales K. Bittel, W. Kimmig y F. Fischer) son partidarios de una continuidad de cultura entre las etapas de Hallstatt y de La Tène en Francia y en Europa central. Y en el mismo sentido de una superposición y continuación se ha expresado el arqueólogo checoslovaco Jan Filip. Y el británico Christopher Hawker, con su teoría de la «cumulative Celticity», es decir, la celtización de las Islas británicas por la acumulación de repetidas invasiones, como acreditan en Gran Bretaña cerámica y espadas de tipos hallstáticos en el Sudoeste de Francia, nos hace ver la complejidad del problema.

Tal como aparecen las cosas, y aceptando la posibilidad de que no todas las grandes lenguas indoeuropeas se formaron y separaron al mismo tiempo, y de que el «antiguo europeo» significa un período de formación dialectal que sólo a lo largo del tiempo cristalizó en lenguas con rasgos distintivos marcados, podemos suponer que la formación del celta ocurrió en los primeros siglos del I milenio. Las primeras penetraciones de grupos indoeuropeos en Occidente serían todavía con lenguas «precélticas», y a esa etapa corresponden los elementos que antes se designaban como «ligur» o «ilirio» y que parece mejor llamar indoeuropeo occidental o antiguo europeo. Una forma superviviente de aquella etapa tenemos en el lusitano. Es posible que lo que germanistas han señalado en el llamado «bloque nord-occidental», con su centro en los Países Bajos, sea otro de estos restos, aunque allí no quedan más que ciertos nombres de lugar.

Se puede imaginar un esquema de la celtización de Europa occidental en dos etapas: la goidélica u occidental, con conservación de la *k*^w indoeuropea, y la gálica u oriental, que se forma otra vez dentro del solar donde se había formado la cultura del Hallstatt, pero que ahora presenta otra forma de celta, con el cambio de *k*^w a *p*, y restos, en la misma Galia, de formas anteriores al cambio. La tradición histórica, que nos transmite Tito Livio (V 35), nos informa de la gran trascendencia del movimiento étnico que se produjo, con el envío de los sobrinos del rey de los Bituriges a establecerse en el corazón de Alemania, la selva Hercinia, y en Italia, iniciando así los grandes movimientos galos a que hemos aludido.

Unos siglos antes los celtas, surgidos dentro del área cultural de Hallstatt, sin que ello signifique que todo el amplio y complejo territorio de la cultura de Hallstatt fuera celta, se extendieron hacia el Occidente, y penetraron en los diferentes países, dejando su tipo arcaico de lengua en el celtíbero y en el goidélico. La identificación de sus restos arqueológicos no es tan clara como la de los de La Tène. Pero lo que es evidente es que desde los finales del bronce aparecen en todo el Occidente elementos no mediterráneos y procedentes de Europa central. En ese ambiente llegan los celtas más antiguos. Hay muchos puntos que nadie se atreve a explicar. ¿Cuándo y cómo llegaron los celtas a Irlanda? ¿Y a nuestra Península? ¿Hubo alguna migración cruzando el Océano?

6. LOS CELTAS DE HISPANIA Y LOS CELTÍBEROS

Cuando llegan los romanos a Hispania encuentran un pueblo poderoso e importante, los celtíberos. García y Bellido señaló la presencia de mercenarios iberos desde 500 a.C., cuando hay la primera noticia de que los cartagineses los utilizaron en Cerdeña. Otra vez a comienzos del siglo IV tenemos mercenarios iberos en la ciudad de Siracusa, a las órdenes del tirano Dionisio. Sabido es que «iberos» significaba para los griegos gente de lengua y cultura ibérica en especial, pero también quería decir gente de cualquier otra parte de la Península, que ellos llamaban Iberia.

Los soldados hispanos, una vez que intervinieron en las guerras de las grandes potencias mediterráneas, llegaron también a la Grecia propia. Una estudiosa de las nuevas generaciones, Guadalupe López Monteagudo, ha demostrado (*Études celtiques* 16, 1979, pp. 63-68) que estos mercenarios hispanos eran más bien celtíberos. En efecto, el hallazgo de hebillas de cinturón de tipos del siglo VI a.C., dos en Corfú y otra en Olimpia, nos remite inequívocamente a la Hispania indoeuropea.

Celtíberos quiere decir sin duda «celtas de Iberia», más bien que mezcla de celtas e iberos. En realidad los dos estupendos bronce de Botorrita, que se han descubierto y estudiado en los últimos años, nos enseñan que los celtíberos de Botorrita conservaban su lengua y sus nombres personales completamente distintos de los de los iberos de Zaragoza o Alagón. Esta distinción de lengua no se refleja en la cultura material, pues la cerámica o las armas no son distintas a un lado y otro de la frontera lingüística. En el trayecto de 20 kilómetros entre la capital aragonesa y lo que era entonces una prestigiosa ciudad celtibérica, con su senado y autoridad para sentenciar un pleito legal con la confirmación del procónsul romano, había una frontera que acreditaba la perduración de un pueblo que ya había aparecido en la historia siglos antes.

Lingüísticamente se puede señalar bien, porque hay fuentes suficientes, un territorio celtibérico: sus límites son el río Ebro en La Rioja (con las extensiones al Norte que ya hemos señalado), y siguiendo luego por Tarazona hasta Botorrita, la antigua Contrebia Belaisca; el límite iba luego por el río Huerva (cuyo nombre antiguo *Huerga* permite reconocer el céltico *olca*); es celtibérico Teruel con las inscripciones de Villastar; las fronteras de Celtiberia por el Sur comprendían dentro de ellas Valeria y Segóbriga, y luego hacia el Oeste dejaban en Carpetania a Complutum o Alcalá; la gran tribu de los arévacos comprendía Segovia, y desde allí una línea que los separaba de los vacceos incluía Clunia y llegaba a tocar el Ebro donde hemos comenzado.

Los romanos tuvieron relación con los celtíberos desde la guerra anibálica. Mercenarios celtibéricos traicionaron a los hermanos Publio y Cneo Escipión, que a consecuencia de ellos sufrieron derrota y muerte. Igualmente mercenarios celtibéricos acompañan a Aníbal a Italia, donde tuvieron como en el final de la guerra, en África, intervención brillante.

Catón en 195 atraviesa Celtiberia y llega hasta Numancia. En los años siguientes los romanos consiguen victorias decisivas a las órdenes del pretor Manlio, que logró gran botín. Toda la Celtiberia exterior, con las vías que de Aragón llevan a Castilla la Nueva y a la Mancha fueron dominadas por los romanos ya entonces, a pesar de gran resistencia y continuas rebeliones.

Una nueva etapa en la sumisión de Celtiberia la abre Tiberio Sempronio Graco, que redujo a los celtíberos rebeldes y pacificó el país; fundó *Gracchuris* en La Rioja, y repartió tierras a los que andaban inquietos por carecer de ellas, y parece que, una vez pacificada la Celtiberia exterior, imaginó que la parte de los arévacos podría organizarse como un estado fronterizo con una cierta autonomía. Pero la seguridad de los dominios romanos en España exigía la completa sumisión en las fronteras, y después de varios incidentes, en 154 comienza, con el apoyo dado por Numancia

a Segeda, ciudad de la Celtiberia exterior que amplió, al parecer, contra los acuerdos con Graco, sus murallas, la guerra que, después de varias derrotas vergonzosas de cónsules romanos terminó con la aniquilación de Numancia (133 a.C.).

Sin embargo la personalidad étnica y lingüística de los celtíberos se mantuvo todavía. En el año 87 a.C. el procónsul e *imperator* C. Valerio Flaco autoriza el arbitraje con que el senado de Contrebia Belaisca (Botorríta) resolvió un pleito entre Zaragoza y Alagón sobre terrenos para acequias de riego. Junto a esta hermosa inscripción romana hay que poner el bronce celtibérico de Botorríta, que debe ser aproximadamente contemporáneo. Del siglo I d.C. podemos pensar que son las inscripciones celtibéricas de Peñalba de Villastar, con su cita de Virgilio y su dedicatoria al dios Lugu; de un poco antes, el 25 d.C., nos cuenta Tácito (*An.* IV 45) que un labrador de Tiermes, en la actual provincia de Soria, asesinó al pretor romano de la Tarraconense; cuando lo detuvieron y con tormentos quisieron obligarle a que declarara sus cómplices, gritó —nos dice el historiador— en su lengua patria que le interrogaban en vano, y que no había dolor bastante para arrancarle la verdad; y cuando al otro día volvían a llevarlo al interrogatorio, con tal violencia escapó de las manos de sus guardianes y golpeó su cabeza contra una roca, que inmediatamente murió.

De los celtíberos tenemos la gran inscripción de Botorríta, con sus 123 palabras en las 11 líneas de la cara anterior, y en el reverso, 14 nombres de persona (todos de cuatro elementos: nombre, gentilidad, genitivo del nombre del padre y una palabra que debe de indicar magistratura) y 4 indicaciones de localidad de origen. Tenemos también las inscripciones en letras latinas de Villastar; la más extensa tiene 18 palabras. De Luzaga (Guadalajara) tenemos una tésera de hospitalidad en letras celtibéricas, con 26 palabras. Y hay varios documentos más de muy pocas palabras cada uno.

En conjunto nuestro conocimiento del celtibérico es bastante superior al que tenemos del lusitano. Ya hace casi cuarenta años que el estudio de las monedas en lengua celtibérica, con terminaciones características, permitió a Caro Baroja el primer deslinde de los territorios lingüísticos. Con las palabras *Turos Caroqum uiros ueramos* que se leían en Villastar pudimos descifrar la primera frase celtibérica: «Turo, de la gentilidad de los Carocos, hombre supremo (*uir supremus*)», y con ello reconocer en la evolución de un teórico **uperamos* a *ueramos* el carácter precisamente céltico de la lengua; la presencia en Villastar y en el bronce de Luzaga de una forma en la que se conserva la labiovelar indoeuropea *kʷ*: la enclítica *que*, igual al latín *que* 'y', nos enseñaba que, a diferencia del galo de Francia, los celtíberos compartían con el goidélico una conservación. Pudimos pronto reconstruir la flexión nominal del celtibérico, comenzando por las monedas. Más tarde J. Untermann descubrió que el celtibérico, a diferencia de todo lo que sabemos del celta antiguo y moderno, tiene, en los temas en *o* un extraño genitivo de singular en *-o*, que se parece al del eslavo y el lituano y el letón. El bronce de Botorríta permitió conocer bastante del demostrativo celtibérico: *śos*, *śomui*, *śomei*, y del relativo: *ioś*, *iom*, *iomui*, *iaś*. Vemos muy bien en las inscripciones preposiciones y preverbios: *ambi-*, *are-*, *com-*, *eni eni-*, *eś eś*, *ro-*, *uer-*, *to-*. Tenemos una forma verbal con negación prefijada y terminación medio-pasiva: *nebintor*, y verbos que casi invitan a la traducción: *uersoniti*, *gabiseti*, *sisonti*, *bionti*... Pero en conjunto las inscripciones celtibéricas son muy difíciles de traducir, y ello se explica: los celtas que aparecen como celtíberos, estaban según los arqueólogos desde antes del siglo VII en la Península y tuvieron un largo desarrollo independiente, sin que tengamos ninguna lengua superviviente del grupo, a diferencia de que las lenguas británicas: galés, bretón y córnico, proceden de un dialecto emparentado con el galo.

7. LA DINÁMICA INDOEUROPEO/NO-INDOEUROPEO

Cuando el navegante marsellés recorría hacia 520 a.C. las costas de la Península, encontraba algunas veces pueblos bárbaros y ásperos, que contrastaban con la civilización mediterránea del Sur. La división entre la Hispania invadida por indoeuropeos y la Hispania de características arraigadas en épocas anteriores, en civilizaciones metalúrgicas y neolíticas, y más allá todavía, antes de la llegada de la agricultura, y de los antiguos pueblos pastores, nunca fue cosa terminada.

Podemos asegurar que desde el remoto comienzo de la protohistoria, se creó una situación inestable, dinámica, en la que los elementos invasores e invadidos se encuentran y no llegan a un equilibrio. Los invadidos pertenecen a etapas de civilización más desarrollada; su contacto con los colonizadores y comerciantes les ha familiarizado con refinamientos culturales; empiezan, tal vez desde el siglo VII, a familiarizarse con la escritura, y desde entonces se desarrolla en la Península, acaso con originalidad impuesta por la fonología de la lengua, una combinación de signos silábicos (que habían sido el sistema del milenio anterior) y letras propiamente (que se extendieron con fenicios y griegos). Su metalurgia había alcanzado en el trabajo del oro gran perfección; su agricultura también había adelantado, y en el regadío, que el clima de la Península hacía necesario, habían hecho grandes progresos.

Por el contrario, los invasores, que vienen de la Europa húmeda, disponen de ganadería con especies menos explotadas en la Península y de mayor utilidad: cerdos y vacas. Traen de Europa modelos de armas, primero de bronce, y más tarde de hierro, más eficaces que los de los indígenas. También sus técnicas de cerámica son mejores.

Si suponemos que las más antiguas invasiones europeas ocurren desde el siglo XII a.C., no cerramos los ojos a la posibilidad de que hubiera en cierto momento migraciones por el Atlántico, siguiendo quizá las antiguas vías del estaño, que Avieno sabe todavía que iban de Tartessos a Bretaña y de Bretaña a Gran Bretaña e Irlanda, con vuelta. Quizá también por el Mediterráneo llegaban otros elementos étnicos, en la época de grandes movimientos de los llamados pueblos del mar, que desempeñaron un papel importante en el Mediterráneo oriental, con ecos en la Edad de bronce de Cerdeña y de las Baleares.

Tenemos que extrapolar a la primera mitad de la larga etapa protohistórica las noticias más seguras de que disponemos para la segunda. Y nos podemos fijar en algunos puntos: 1.º, la movilidad de las primeras invasiones indoeuropeas, que no se limitan a la mitad nordoccidental donde se produjo la indoeuropeización lingüística; 2.º, la inquietud de los grandes pueblos indoeuropeos de la Península, lusitanos y celtíberos, que necesitan tierras, y amenazan continuamente a las zonas urbanizadas del Sur y del Este; 3.º, la superposición de invasiones, que podemos comprobar en ciertas partes, como en Galicia, así como movimientos de pueblos, en grupos mayores o menores, que todavía ocurren en tiempo de los romanos; y finalmente, 4.º, la presencia de elementos indígenas no asimilados en rincones de la Hispania indoeuropeizada, así como posibles restos lingüísticos de indoeuropeos en la zona no indoeuropeizada.

Comentaremos cada uno de estos puntos:

1.º No debemos proyectar sobre el pasado la situación que se va fijando en la Península, de indoeuropeizarse al Oeste, mientras que desde los Pirineos hasta el Sur se mantienen las civilizaciones anteriores. Podemos suponer que los invasores indoeuropeos se extendieron a toda la Península, y cuando Bosch Gimpera, desde 1920, bajo la influencia de Kossina, empezaba a identificar los materiales de invasiones comparándolos con los de otros países europeos, encontraba en

Cataluña y Aragón tipos semejantes a los del Rhin y de Suiza, y en las más antiguas invasiones de urnas en Cataluña, elementos que se encuentran en Liguria, mientras que en los puñales de Galicia veía modelos «típicamente hallstáticos».

Es natural que los invasores más antiguos marcharan directamente a la conquista de las zonas más ricas en minas y en agricultura, es decir, hacia el Sur. Podemos suponer que tribus que todavía en el siglo III eran importantes sufrieron gravemente en la conquista del Sudeste por los Bércidas: las campañas de Aníbal en 221/220 contra los ólcades, los oretanos, los carpetanos y los vetones, destruyeron para siempre la fuerza de estos pueblos. No tenemos noticias de los siglos anteriores, pero parece que las esculturas del frontón de Porcuna, del siglo V, son más bien de guerreros celtas que iberos. Si podemos alegar dos indicios para lingüistas recordaré aquí la inscripción n.º XLV de Hübner, procedente de Cástulo: *P. Cornelius P. 1. Dipbilus Castlosaic*, que en lugar de mostrar palabras ibéricas como su compañera la n.º XLIV, contiene un extraño étnico de terminación indoeuropea que recuerda otro posible genitivo de plural señalado por Gómez-Moreno en el Cerro de los Santos (n.º 78): *Ba s tu l a i | a c u n*. Huellas de lenguas indoeuropeas se hallan en el país de los bástulos y de los túrdulos y en la capital minera que era Cástulo. Y en el siglo VI Argantonio reinaba en Tartessos, lo que parece se explica por el texto de Avieno (255-259), que dice que los cempsos ocuparon la isla de Cártare.

El 2.º punto es más conocido. Nos limitaremos a recordar la presencia de mercenarios celtibéricos en las guerras del Sur de la Península y los ataques de los lusitanos a las ciudades andaluzas desde muy pronto. La arqueología confirma el texto de Plinio (III 13) de que los célticos del Sudoeste eran una rama de los celtíberos, es decir, de lo que Schüle llama cultura del Tajo; aunque Plinio dice que su origen está claro *sacris, lingua, oppidorum uocabulis* «religión, lengua, toponimia», es evidente que esta extensión de pueblos celtas no conservó la fuerza del núcleo originario ni ofreció semejante resistencia a los romanos, ni en la onomástica muestra la misma cohesión ni se mantiene tanto tiempo. Las oleadas de lusitanos y de celtíberos, que los romanos consideraban muchas veces bandolerismo, fueron muy importantes, y seguramente lo hubieran sido más, si desde el comienzo la intervención de los cartagineses y luego de los romanos, no hubiera sido decisiva en la protección de la zona urbanizada y de civilización mediterránea.

En 3.º lugar tenemos que considerar que la indoeuropeización fue un proceso muy largo, de aproximadamente un milenio. Es el resultado de múltiples migraciones de pueblos y lenguas diferentes, con choques y superposiciones, de lo que resulta un cuadro complejo.

Fijémonos un momento en Galicia: la existencia de oro y estaño fue un elemento de importancia para el desarrollo cultural. Sobre el fondo de las navegaciones atlánticas tenemos el desarrollo del llamado «bronce atlántico». Petroglifos, construcciones megalíticas, joyas de oro, son el fondo sobre el que se proyecta la primera indoeuropeización del país.

Galicia es una de las tres zonas peninsulares, con Celtiberia y con la extensión de los celtíberos al Sur de Portugal y a la Beturia, donde hallamos atestiguados históricamente celtas. Sabemos que habitaban junto al cabo Finisterre los ártabros o arrotrebas, y Estrabón dice (III 3, 5, p. 153) que eran celtas y «parientes de los del Guadiana», es decir, de los que habían llevado hasta allí la cultura del Tajo. Dice también Estrabón, para que comprendamos la complejidad de estos movimientos de pueblos, que túrdulos del Sur de la Península les acompañaron en esta migración, y se separaron de ellos por desacuerdo al pasar el río Limia.

Pero si los ártabros pueden considerarse de origen celtibérico en definitiva, es seguro que no eran los únicos, ni probablemente los primeros celtas de Galicia: Plinio III 28 no menciona en el convento lucense pueblos de bárbaro nombre, y sólo habla de los *Celtici* y los *Lemaui*, y más

adelante, IV 111, cita como celtas galaicos a los *Neri*, los *Supertamarici*, los *Praestamarci* y los *Cileni*. El estudio de la toponimia gallega, el de los nombres de dioses, y ciertas etimologías, a veces muy difíciles, pero en su conjunto impresionantes, confirman la importancia del elemento céltico. Finalmente, el culto en Galicia de los Lugoves, es decir, del dios pancéltico Lugu, parece otro vínculo indudable con Celtiberia.

La inestabilidad de los indoeuropeos, que llegaban a la Península como nómadas, es una constante que hemos de suponer en las épocas primitivas, y que se refleja todavía en las fuentes históricas.

Cataluña, zona de paso, nos ofrece ejemplos de grupos inquietos que buscan acomodo y producen a su vez inestabilidad. Los bergistanos o bargusios, de la región de Berga (nombre por cierto de tipo antiguo europeo) se rebelan contra Catón en siete de sus fortalezas; Catón los somete, pero cuando vuelven a sublevarse, el cónsul romano los vende como esclavos; poco después Catón se encuentra en la ciudad de *Bergium* o Berga un foco de rebeldía, pero el *princeps* de tribu, como cuenta Livio XXXIV 21, se presenta a él para disculparse y explicar que en la pequeña ciudad montañesa se habían introducido rebeldes, bandas que querían continuar la guerra; el romano se puso de acuerdo con el jefe indígena y los intrusos fueron destruidos por sorpresa.

García y Bellido señaló hace muchos años la importancia de un capítulo de César (*b. ciu.* I 51) que registra la llegada a su campamento frente a Lérida de una tropa de jinetes y flecheros galos; con ella iban 6.000 hombres con sus siervos, mujeres e hijos, quizá 20.000 personas en total, que llegaban buscando modo de vivir. Desde hacía mil años tal cosa venía ocurriendo y así se indoeuropeizó la Europa Occidental.

El 4.º punto que nos queda por comentar es el de que, aun considerando hasta cierto punto diferenciadas y constituidas una Hispania indoeuropeizada y otra no indoeuropea, la una presenta rincones primitivos, en los que lo indígena resiste, mientras que la otra acusa restos de penetraciones indoeuropeas que no fueron totalmente absorbidas.

Hay regiones de Hispania que quedaron indecisas, y a pesar de la fuerte presencia de indoeuropeos, conservan sus rasgos indígenas: así ocurre con bastetanos y oretanos, entre la Mancha y Jaén, así también al Sur de Portugal, donde Ptolomeo pone los *Celtici*, pero también los *Turdetani*. En el país de los berones, La Rioja, tenemos elementos indígenas visibles en la onomástica. Y en lo más abrupto y retirado del Noroeste: en Galicia, en Cantabria, tenemos atestiguados en restos el matriarcado y la *couvade* preindoeuropeos; y en la onomástica, en los extraños compuestos que tenemos en los nombres de dioses en todo el Noroeste, hallamos todavía la influencia de lenguas no indoeuropeas; en la fonética ocurren fenómenos de infección, que aparecen en otros territorios de Europa occidental y que preludian lo que podemos observar en las lenguas celtas que han sobrevivido.

Por otro lado hemos de explicar como resto de una muy antigua penetración de celtas en la zona minera de Almería el topónimo *Baria*, hoy *Vera*, que se repite en la Península, y que pervive en el esp. *vera*, port. *beira* 'orilla'.

8. LA FORMACIÓN DE LA CULTURA IBÉRICA

En la época histórica el pueblo de los iberos se extiende por la costa mediterránea hasta el río Lez, junto a Montpellier. La lengua se extendía desde allí por toda Cataluña, parte oriental de Aragón y todo el reino de Valencia. La epigrafía nos permite afirmar que la misma lengua ibérica se extendía por el de Murcia y la Andalucía oriental, hasta Urci, Iliberi y Obulco.

En lugar de tratar del origen de los iberos, que podría conocerse mejor si su lengua no fuera tan enigmática, vamos a tratar de la formación de su cultura. Los iberos pertenecen a la Edad del Hierro y su cultura toma sus rasgos característicos, en buena parte, de las influencias coloniales fenicias y griegas en el siglo VI. Esas formas culturales aparecen en su conjunto en la región del alto Guadalquivir, y se extienden rápidamente, sin duda, como señala L. Pericot, gracias a que había un sustrato étnico «en el Este y en el Sur de España en unas fechas relativamente elevadas».

En la formación de la cultura ibérica en la región de Jaén hay que señalar influencias tartesias. La antigua tradición tartesia explica la monarquía entre los iberos. La escritura de tipo ibérico se formó sin duda en el Sudoeste de la Península hacia el año 700 a.C. La metalurgia de Sierra Morena, que surge en el siglo VI, es de tradición indígena, pero la influencia griega es innegable. Más griega es todavía la escultura en piedra, que florece en el antiguo reino de Murcia y en el Sur del de Valencia. En escritura jónica se escriben monumentos epigráficos como el plomo de Alcoy y el de Mula.

Pericot persigue en el desarrollo de la cerámica la expansión de la cultura ibérica hacia el Norte. La más antigua es la de Granada, Jaén y el Occidente de Murcia. Después viene la región de Murcia y Elche. Liria, cerca de Valencia, comienza antes de mediar el siglo V. Al IV corresponde la cerámica ibérica del Bajo Aragón, y también hallamos a los iberos en Ensérune, en Francia, en el siglo IV. Azaila es del siglo III, y en ese siglo y el siguiente la cerámica ibérica es imitada por los celtíberos.

Son muchos los puntos oscuros que quedan en este cuadro de la formación y difusión de rasgos importantes de la cultura ibérica. Su vecindad con el vasco en la vertiente Sur de los Pirineos, y la misteriosa relación entre las dos lenguas, aunque distintas, lleva a pensar en las viejas raíces de los iberos en el Norte. Que un pueblo ibero, que aceptó formas artísticas que venían de la Andalucía oriental, existía ya en el siglo VI, parece probado por aquel texto del periplo de Avieno (472 y 474) que recuerda a los iberos extendidos desde enfrente de Ibiza hasta los Pirineos. Pero todavía habremos de referirnos al otro río *Hiberus*, el Tinto, de que habla el mismo Avieno.

9. EL EUSKERA

Prefiero ahora usar el nombre de euskera, en lugar de vasco o vascuence, porque considero que el nombre de la lengua nos va a permitir distinguir entre realidades que no deben confundirse. El territorio antiguo del euskera, lengua pirenaica, desborda en distintas direcciones del territorio vascón, que viene a ser el de Navarra con el Norte de Aragón, mientras que se puede defender que el territorio que Ptolomeo asigna a los vascones contiene al Sur, como nos lo muestra la epigrafía, gente de otras lenguas.

Mientras que el nombre de los vascones, como el de los várdulos, caristos y autrigones, puede ser de etimología indoeuropea, la de la palabra *euskera* parece que como mejor se explica es relacionándola con el nombre de la tribu de los *Ausci*, que sobrevive en el de la ciudad de *Auch*, la antigua *Elimbera Augusta*, un ejemplo más de esa forma ibero-vasca que se repite en tantas *Iliberi*. Al Sur de los *Ausci* estaban los *Bigerriones*, cuyo nombre subsiste en la región de *Bigorre*. Encontramos nombres de tipo vasco a lo largo de los Pirineos, hasta las ninfas de Amélie-les Bains que Corominas señaló en inscripciones romanas con el nombre de *Neskas* o *Niskas*; sabemos, también por trabajos de Corominas, que en zonas de Ribagorza y Pallars y hasta Andorra y

Cerdaña, la toponimia presenta elementos indudablemente vascos, y además este autor sostiene razonablemente que una romanización tardía en estas zonas montañosas no fue repentina, sino con una larga, tal vez milenaria, etapa de bilingüismo.

Al Norte de los Pirineos, desde el mismo valle de Arán, tenemos en las inscripciones romanas de Aquitania palabras del «pirenaico antiguo», es decir, del euskera. Al Sur de la cordillera los testimonios son escasos, pero no faltan.

La tribu de los *Airenosii* corresponde al valle de Arán, y la de los *Andosini* a Andorra. No las menciona más que Polibio (III 35, 1) con motivo del paso de los Pirineos por Aníbal. El nombre de los andosinos lo compara bien Michelena a formas aquitanas como *Andose*, *Andossus*, etc., y al vasco. (*h*)*andi* 'grande'. Podemos suponer que también estas gentes eran de lengua vasca por el arraigo que ésta muestra, según se ve en trabajos de Corominas, en estos territorios.

La lengua euskérica se extendía también hacia el Oeste, y si es cierto que como ocurre con los vascones, en las partes meridionales del territorio de estas otras tribus (várdulos, caristos, autrigones), las inscripciones romanas ofrecen nombres indoeuropeos, no se puede dudar de que el vasco se extendía por la costa y por las montañas hasta el Nervión, y antes, más allá.

Problema muy difícil es el de la vecindad de vasco e ibérico en la zona subpirenaica. Conocemos bien la onomástica ibérica, y también la «pirenaica antigua» o euskérica. Los iberos y los hablantes de «pirenaico antiguo» tienen dos onomásticas que, aun con elementos comunes, no se reducen a una. Hay nombres claramente ibéricos en la *turma Salluitana*, y al mismo tipo pertenece el del *Allauonensis Turibas Teitabas f.* en la tábula latina de Contrebia; su pueblo, Alagón, estaba, como nos dice Ptolomeo, en territorio vascón. El euskera y el ibérico tienen semejanzas fonológicas muy profundas, y algunas coincidencias de léxico, pero las numerosas, y a veces extensas, inscripciones ibéricas, que casi suenan a euskera, no les resultan comprensibles a los mejores conocedores de esta lengua.

¿Puedo ahora abusar de vuestra paciencia para presentar algunos datos sobre el euskera? Lo que sabemos de la historia nos permite asegurar que esta lengua se hablaba ya en su territorio antes de la llegada a Occidente de una gran lengua indoeuropea como el celta. En la situación cultural de la Europa de entonces, que parece no favorecía la difusión de una lengua a territorios extensos, nos inclinaríamos a suponer que el Occidente era un complicado mosaico de lenguas.

Voy a hablar de un intento de medir semejanzas de léxico. La léxico-estadística puede servir, allí donde no conocemos la historia, para medir la semejanza de palabras, e intentar así penetrar en períodos de tiempo más largos que los que examina la gramática histórica.

En 1961 publicamos un ensayo de léxico-estadística sobre el vasco y descubrimos que la relación más próxima es la que tiene con el beréber: 9,67 % con un dialecto y 10,86 con otro. Después venían en nuestro estudio, de las tres lenguas caucásicas que comparamos, un 7,52 % con la gran lengua caucásica meridional, el georgiano, y lo mismo con una del Noroeste, el circasiano; la tercera lengua caucásica, el avar, del grupo del Nordeste, daba sólo un 5,37 de palabras comunes con el euskera.

Ninguna otra lengua de las que comparamos daba más. Sólo el copto, la lengua camítica más o menos semitizada que los egipcios usaban en su época cristiana, antes de arabizarse, nos dio una cifra interesante: 6,59 %. Probamos también con una lengua del extremo oriente de Siberia, el chukchi, que Bouda había comparado en algunos aspectos con el vasco, y el resultado de 2,17 % la reducía al margen sin significación (inferior al 5 %).

En nuestro uso de la léxico-estadística disentíamos del fundador del método, Morris Swadesh, aunque aceptó generosamente colaborar en nuestro intento, en un punto fundamental: las semejanzas podrían significar origen común, pero para nosotros también podían ser consecuencia de

una relación de préstamo. Por eso, que el vasco muestre relaciones a la vez con el beréber y con lenguas caucásicas, no nos lleva a postular un origen común para todas, sino la posibilidad de relaciones que desgraciadamente no tenemos datos históricos para aclarar.

Otro método moderno que se ha aplicado a las posibles relaciones del vascuence es el tipológico. Se buscan en una lengua rasgos que la caracterizan. J. H. Greenberg propuso en 1954 un método con el que se cuantificaban en un breve texto de una lengua dados diferentes rasgos. Basándonos en los índices de autores anteriores para 18 lenguas, hemos comparado por nuestra parte 17 lenguas más, y llegamos a proponer, limitándonos a algunos rasgos: 1.º, que el vasco es más sintético que el inglés y el español, y se acerca al griego y al latín; 2.º, que es muy aglutinante, como las dos lenguas caucásicas que hemos utilizado en la comparación, y como lenguas lejanas de Asia y África; 3.º, en el índice de derivación coincide con lenguas del Occidente de Europa, como el francés o el galés medieval o el irlandés; 4.º, en prefijos el vasco tiene aproximadamente la misma proporción que el irlandés medieval; tienen más prefijos el beréber y el georgiano y el avar; 5.º, en sufijos otra vez encontramos a la misma altura el avar y el georgiano, pero el vasco contrasta con las lenguas europeas occidentales y con el beréber, que tienen un índice de sufijos bajo; 6.º, el índice de aislamiento lo tiene el euskera alto, como el español, el francés, etc.; más alto aún es en inglés, beréber, etc.; 7.º, la mediación de la concordancia da en euskera un índice muy bajo, lo que se explica por la carencia de género gramatical, y aun a pesar de que el verbo vasco contiene referencia con concordancia no sólo al sujeto, sino al objeto y al dativo, en singular y en plural, el índice es bajísimo: más bajo que en beréber y en galés, y que en el mismo inglés.

De estos rasgos tipológicos para comparar el vasco con lenguas vecinas o con las que muestra cierta semejanza, tenemos algunos, como los de síntesis, aglutinación y sufijación, que lo hacen aparecer extraño en Occidente; en cambio, en la derivación y el aislamiento se asemeja a sus vecinas occidentales; y en cuanto a la abundancia de prefijos y a la falta de concordancia, el euskera muestra coincidencias con el beréber, y las lenguas célticas insulares. Nos inclinaríamos a ver en estos rasgos la influencia en el vasco de un elemento camítico que pudo ser importante en la Europa preindoeuropea y que tal vez determinó, como sustrato, rasgos característicos de las lenguas célticas insulares.

Esto parece confirmarse con otra tipología, la que se basa en el orden de palabras en la oración aseverativa normal, propuesto en 1963 también por Greenberg. Se llama en esta tipología tipo I el que tiene el verbo en primer lugar: V(erbo) S(ujeto) O(bjeto); tipo II es el orden SVO, y tipo III el orden SOV. Con algunos antecedentes en R. Jakobson, Greenberg descubrió que cada uno de estos tipos fundamentales lleva consigo ciertas características: el tipo III va normalmente acompañado de postposiciones y de los órdenes G(enitivo)N(ombre), D(emonstrativo)N y A(djetivo)N. El tipo I suele tener preposiciones y los órdenes NG, ND y NA.

Como en vascuence tenemos:

SOV (tipo III) Postpos. GN ND NA,

nos encontramos con una lengua de tipo III en los tres primeros rasgos, pero en los dos últimos va con el beréber y las lenguas célticas insulares, es decir, el tipo I. Nos atreveríamos por ello a considerar el vasco como una lengua en relación con la antigua Eurasia, pero hay una influencia occidental que se acusa en los dos últimos rasgos, como se acusa también en las coincidencias léxicas con el beréber.

Todavía tenemos que considerar las semejanzas del vasco con las lenguas que están geográficamente cerca de él. Es sabido que el sistema de cinco vocales, sin diferencia de abiertas y cerradas,

das, es idéntico en euskera y en castellano (a diferencia de las cuatro distintas alturas de vocales en el catalán, el portugués, el francés, etc.). Dialectos gascones fronterizos con el vasco, se acercan más o menos al tipo de las cinco vocales.

Pero además es que hay ciertos rasgos que podemos considerar característicos de la Península, que forma un área lingüística: la oposición *r/rr* (que la epigrafía parece asegurar en ibérico con dos grafemas distintos) fundada no en la duración, sino en el número de vibraciones; la difusión del adjetivo *izquierdo*, de etimología vasca; la distinción entre la oclusiva sonora y la fricativa intervocálica que percibimos en palabras como *baba*, *dedo*, *gogo*, y que es igual en toda la Península. Se atribuye con razón a influencia vasca la pérdida de fricativas y africadas silbantes y palatales sonoras en el español moderno (lo cual se ha extendido también al gallego y a parte del valenciano).

10. LA ANDALUCÍA LEGENDARIA

El Sur de la Península es donde la luz de la historia llega antes. Y no cabe duda de que ya antes de la protohistoria, en plena prehistoria aún, con la llegada de la agricultura primero, y de los concedores de metales después, con el desarrollo de la arquitectura megalítica y la formación de la cultura almeriense del Argar, tenemos la presencia de estímulos que explican la importancia de la parte meridional de España y Portugal.

En el retórico Justino (XLI 4), abreviador de la extensa historia universal del galo Trogo Pompeyo, contemporáneo de Livio, que buscó una perspectiva no exclusivamente greco-romana, tenemos una visión legendaria del Sur de la Península: en las montañas de los tartesios, es decir, las sierras del Algarbe y de Huelva, nos cuenta que es donde los titanes lucharon con los dioses; allí se establecieron los cunetes, que recordamos del periplo de Avieno, cuyo más antiguo rey fue Gárgoris, el que inventó el modo de recolectar la miel. Quedó embarazada, quizá por incesto, la hija de Gárgoris, y el rey quiso deshacerse criminalmente del niño que nació; pero cuando lo hizo abandonar en el monte, las hembras de las fieras lo alimentaron con su leche; cuando lo puso en un corredor por donde tenían que pasar los rebaños, también quedó sin daño; ni perros hambrientos ni los cerdos lo devoraron; lo mandó Gárgoris tirar al mar, pero las olas lo trajeron suavemente a la costa, y una cierva acudió a dar de mamar al niño; de tal nodriza aprendió el niño la agilidad, y con los rebaños de ciervos se crió en los montes, hasta que cayó en un lazo y así fue hecho prisionero y entregado al rey su abuelo, que lo reconoció por sus rasgos y por las cicatrices de las marcas que le habían hecho a fuego en su infancia. Y así llegó, como en tantos cuentos (el de Rómulo y Remo, el de Ciro de Persia), a heredero del reino, con el nombre de Habis. Lo mismo que su abuelo había inventado el cultivo de la miel, el nieto fue héroe cultural y civilizador, que estableció leyes para sacar al pueblo de la barbarie, y unció los bueyes al arado y enseñó a sembrar el trigo en el surco, y a comer alimentos civilizados, cansado de lo que él había sufrido en las montañas. Cuando Habis murió, su reino subsistió muchos años en poder de sus sucesores.

Nuestro Avieno dice (241 ss.), un poco después de pasar el cabo de los Cunetes o de San Vicente, que aquella región dedicada a la diosa infernal, donde está la laguna del Erebo, se llama *Hiberia*, y que allí hay un río *Hiberus*, que no es otro que el Tinto. Como la cultura tartesia se extendió hasta Levante, según ya vimos que sabía Avieno, y confirma la epigrafía, no es inverosímil buscar aquí uno de los elementos formativos de la cultura ibérica.

Julio Caro Baroja hizo un excelente análisis del texto de Justino. Habis tiene algo del dios Saturno, y la cultura que introduce es una civilización desarrollada: sedentarismo, ciudades, gana-

dería, agricultura con arado, monarquía, clases sociales diferenciadas, esclavitud, y consiguiente desarrollo de la economía, con explotación de metales y atesoramiento de riqueza.

Gárgoris, inventor de la apicultura, tiene un nombre parlante si admitimos que Justino, o su fuente, sufrieron una confusión al no hacerle el inventor de la agricultura, pues en vascuence *gargar* es 'cebada' y *gari* 'trigo'; ya H. Schuchardt comparó el arm. *gari* 'cebada', que en georg. se dice *keri*. Podemos alegar de las lenguas caucásicas: agul y tabas. *gargar*, kürin *geger*, rutul *gergel* 'avena', y además andi *qqir*, karata *kherv*, *khora*, chechén *ka*, rutul *gir* 'trigo'; y en África tenemos hausa y ful *gero* 'sorgo', ful *gergerori* 'especie de grano', *gauro* 'sorgo, grano en general'; y de lenguas semíticas citaremos geez *g^uern* 'era', ár. *garana* 'moler', hebr. *gera* 'grano, alubia', ár. *gargar* 'molino', *gargara* 'muela', *girgir* 'alubia'; y en dravídico se han señalado palabras semejantes. Volviendo al vasco, Uhlenbeck compara la raíz **gar* 'moler' que parece tenemos en *igara* 'molino' y *garga* 'agramadera, tranca para el lino'. Un poco heterodoxamente podríamos citar de paso el lat. *grānum*, irl. *grān*, gót. *kaúr*, o con aspirada, lat. *hordeum*, al. *Gerste*, gr. *κριθαί* 'cebada', que, como todas las anteriores, podrían ser una palabra de la cultura agrícola primitiva que se extendió por Asia anterior, el Cáucaso y África.

* * *

Terminamos aquí nuestras consideraciones sobre la protohistoria de la Península. Nos hemos extendido con relaciones lejanas, migraciones que atravesaban los Pirineos, o tal vez llegaban por mar. Pero si se quiere recordar lo que nos enseñaban en la escuela primaria, reconoceremos en este complicado cuadro la primera imagen otra vez: al Sur y al Este los iberos, al Noroeste los celtas, y en Celtiberia, entre el Ebro y el Tajo, los celtíberos, que ahora sabemos que era un pueblo que hablaba en celta, pero escribía en letras ibéricas y tenía cerámica copiada de los iberos. Éste es el cuadro: si a él añadimos, con algún rasgo común con el ibérico, los antiguos vascos, en los Pirineos, lo tendremos completo.

† ANTONIO TOVAR